

**Cuando los dioses bajaron
a Varsovia y alrededores**
BALADINAS Y ROMANCES

Colección Rayos globulares

(23)

R

Con el apoyo del Programa Creative Europe de la Unión Europea.

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión



Europea. Esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor.

La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

Primera edición: junio 2016

Título original: *Balladyny i romanse*

© Copyright by Ignacy Karpowicz

© Copyright by Wydawnictwo Literackie, Kraków 2010

© de la fotografía de Ignacy Karpowicz, Wojciech Wojtkielewicz

© de la traducción del polaco, Francisco Javier Villaverde

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2016

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Ilustración de la cubierta: Xavier Mula, xaviermula.com

Producción editorial: Pepe Arabí, Dídac Gurguí

Corrección: Blanca Busquets

Publicado por Rayo Verde Editorial

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

Barcelona 08015

<http://www.rayoverde.es/>

 @Rayo_Verde

 Rayo Verde Editorial

Impresión: Estugraf

Depósito legal: B 408-2016

ISBN: 978-84-16689-01-9

BIC: FA

Impreso en España - *Printed in Spain*

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Cuando los dioses bajaron a Varsovia y alrededores

BALADINAS Y ROMANCES

Ignacy Karpowicz

Traducción de Francisco Javier Villaverde

Rayo verde
editorial

Primera parte

BALADINAS

CAPÍTULO PRIMERO

Galleta China

Me llamo Galleta China. Estoy compuesta de harina, azúcar, huevo, aceite, aroma de vainilla, una pizca de sal, almendras peladas y sabiduría. Primero hay que amasarme hasta lograr una pasta consistente que a continuación se debe extender. Luego se recorta un trozo cuadrado, en el centro del cual se coloca una almendra y un papelito con una sentencia. Se unen las cuatro esquinas en lo alto y se hornea durante veinte minutos a unos doscientos grados Celsius (extender antes un poco de aceite sobre la plancha del horno), hasta que se dore. Servir en frío. Ideal después de comer pato (a la pequinesa).

Soy poco nutritiva y no demasiado sabrosa, pero eso no tiene la menor importancia pues en mi interior porto sabiduría. La sabiduría se compone de una fina tira de papel en la cual hay letras. Normalmente la tira de papel está untada con grasa, ya que de lo contrario podría quemarse en el horno.

Al principio aparecía como curiosidad en bares y restaurantes. Ahora estoy en todas partes, he contaminado el planeta entero. Soy muy tóxica y mordaz. Me transmito por vía aérea, sexual, por la conversación, por una transfusión, en el confesionario... De cualquier forma, igual que el Espíritu Santo.

La sabiduría de mi interior se ha apoderado del mundo, estoy en las novelas de tapa blanda y en las de tapa dura, en los discursos de los políticos, en las declaraciones de los líderes religiosos. En realidad no creo que quede ningún sitio donde aún no esté.

A un trabajo liviano le sucede un descanso pesado. El alma es como una vela: su llama se puede apagar, pero ella sigue existiendo. El arroyo que cambia su curso, ya no regresa a su antiguo lecho. Eres como una pupila cerrada que tiene la ilusión de encontrar un rayo de luz en medio de la oscuridad.

Éstas son sólo algunas de mis representaciones, pero hay toda una legión de yos, una legión de sabiduría, ya es imposible exterminarme, la gente cree en mí, todos me repiten, he vencido. Soy un *best seller*. Me he extendido por el planeta entero, como la mierda. ¿Oís ese chapoteo? Soy yo. Un nuevo diluvio. Me llamo Galleta China. A su servicio.

Olga

1.

Vivía en la tercera planta de un bloque de pisos corriente, de esos contruidos con grandes paneles prefabricados. Una ciudad como otra cualquiera, calle Broniewski. Vistas desde el balcón: a la derecha la escuela de mecánica (con internado); a la izquierda, la parada de autobús.

Iba cargada con dos bolsas de plástico. Empezaba a notar cansancio. Después del trabajo había ido a Mariquita. En otra época, mucho tiempo atrás, la mariquita había sido un insecto del campo; hoy día Mariquita es el supermercado más barato.

Se detenía un instante en cada descansillo para tomar aliento. En las bolsas llevaba provisiones para dos semanas. Todo lo más barato. Macarrones, arroz y cereales, de marca blanca y sin información sobre el país de procedencia, sólo el código

de barras. Codillo, morcilla y recortes de fiambre, teóricamente de cerdo, con un cóctel químico en lugar de sangre: la sangre tiene una fecha de consumo preferente demasiado cercana. Patatas, un repollo y también remolachas para ponerlas en conserva, que desteñían al hervirlas: ni siquiera el ácido cítrico podía hacerles mantener el color. Detergente marca «Dosia», lavavajillas marca «Ludwik» (la familia al completo) y la revista de televisión «Punto».

Dejó las bolsas en el suelo delante de la puerta de su pequeño apartamento, colocó bien el felpudo y respiró hondo. Sacó las llaves de su bolso de escay. En una cerradura, dos vueltas a la izquierda; en la otra, dos vueltas a la derecha.

Encendió la luz, pasaban de las siete de la tarde, ya era de noche. Metió las bolsas. Cerró la puerta. Se quitó el gorro, los guantes, la bufanda y el abrigo. Colgó el bolso en el perchero. Soltó las llaves en una mesita del tamaño de un bonsái. Se quitó los zapatos y se puso las pantuflas. Miró las bolsas de plástico con el dibujo del insecto risueño. Se sentó en el pasillo sobre la alfombra. Lloró durante unos cinco minutos, no más. Se secó las lágrimas y se tocó la mejilla con la mano.

—Hala, venga, ya pasó, Olga, tranquila, ya pasó —dijo en nombre de alguien que debería quererla o al menos fingirlo.

Se levantó y llevó las bolsas a la cocina, un cuartucho diminuto con una ventana aún más pequeña. Colocó los paquetes en los armarios, abrió la nevera, todo en su sitio.

—Qué cansada estoy. Tengo las piernas hinchadas.

Puso el hervidor al fuego. Antes de que el agua rompiera a bullir ya se había comido la cena (dos sándwiches de mortadela y pepinillos fermentados). Lavó el plato, la tabla de cocina, el cuchillo y el tenedor. Se preparó un té. Fue a la única habitación de la casa. Se sentó en el sillón, dejó el té en la mesa. Abrió la revista de televisión junto a la taza. Era viernes, tenía dos días libres por delante, hasta el lunes no volvía al trabajo. El sábado haría limpieza y lavaría la ropa, el domingo visitaría

a su madre, pero con todo y con eso eran demasiados días: dos, los contara como los contara, del derecho y del revés, con rima o sin ella.

Encendió el televisor. Vio el telediario de TVP. Nada nuevo, nada bueno. Aunque tampoco esperaba que algo hubiera mejorado desde el telediario del día anterior. En el fondo de su alma deseaba que dieran alguna noticia impactante, como la muerte de algún famoso, inesperada, tras una larga lucha contra la enfermedad, para así poderle compadecer. Y a la familia del fallecido. Y a sí misma. Olga llevaba dentro mucha compasión.

Tras el telediario, la película. Ponían *La muerte os sienta tan bien*. Ya la había visto. Una comedia tonta, sin gracia, demasiado... demasiado... Buscaba la palabra adecuada. ¿Y si no era demasiado, sino muy poco?

Cuando acabó la comedia se preparó una infusión, melisa con menta, para sosegar, tranquilidad nunca sobra. Abrió una tableta de chocolate con avellanas marca E. Wedel. Sonaba a nombre de telenovela sudamericana, Ernesto Wenceslao Edel o algo así.

Vio el Maratón del Humor que echaban en La Dos. Largo, difícil alcanzar la meta. Sintió cansancio tras toda una semana de trabajo, aunque también alegría por los dos días que tenía por delante. Los ojos le escocían un poco. Estaba claro que era ya demasiado vieja para llorar así sin más, por nada, sin razón. Fue al baño, puso el tapón en la bañera, vertió gel rosado sin marca ni fabricante y abrió el grifo del agua caliente. El vapor llenó el reducido espacio, Olga se lo pensó un momento y luego se sentó en el retrete. Algunos de sus vellos púbicos ya habían encanecido: las primeras golondrinas de la vejez, cuando vuelan bajo, anuncian lluvia. Orinó con un chorrito fino.

Le vino a la mente su última visita al ginecólogo, uno de sus recuerdos más humillantes.

—Es usted virgen —dijo el ginecólogo—. ¡A su edad! No puedo examinarla bien.

—Pues no me examine —replicó ella, roja como un tomate.

En el minúsculo cuarto de baño, con la bañera llena de espuma rosa, Olga encendió una vela aromática, de vainilla, de las más baratas. Prefería las de lavanda, pero raramente las ponían de oferta. De la estantería de la habitación cogió un libro de Danielle Steel, *Un regalo extraordinario*, tapa dura.

Se desnudó por completo, hasta quedar como una gallina para el caldo, faltaba media hora para el comienzo de la película. Ponían *La leprosa*. Se sumergió en el agua caliente y la espuma, con la novela en las manos. Se leyó el primer capítulo, el agua se enfrió, vació un poco la bañera, añadió más agua caliente. Sabía cómo terminaba la novela, la leía sólo porque se imaginaba el final antes de llegar a él. Para sorpresas ya estaba la vida, los libros debían ser estables, firmes: el bien, correspondido con el bien; el crimen, pagado con el castigo; el hombre, para la mujer; por el sacrificio, un premio.

Salió de la bañera como aquella Afrodita surgida de la espuma del mar, mucho tiempo atrás. Ésta era una versión más modesta, acorde con una vida modesta, fruto de la cotidianidad. Nada de conchas, lo más parecido era la taza del retrete. En lugar de angelotes, dos apliques. Y el espejo empañado parecía un omatidido que formara parte de un gran ojo. Olga dejó el libro sobre la tapa del váter. Se secó a conciencia. Extendió el bálsamo sobre su cuerpo. Sobre el cuerpo puso el albornoz. El albornoz lo ciñó con el cordón.

Cogió el libro, fue a la habitación y encendió el televisor. *La leprosa* ya había empezado. No importaba, conocía el principio de memoria. Y el final.

Olga era una solterona o, según la nueva nomenclatura, una *single*. El útero intacto, los nervios siempre dominados, cincuenta años de edad.

Hacía mucho que Olga había aceptado la idea de que los grandes sentimientos los iba a experimentar únicamente en las páginas de las novelas. Así está bien, es justo. En la vida

real hay que viajar hasta el trabajo, dos trasbordos, empieza a las seis de la mañana, en una pequeña tienda de alimentación de Grabówka, más de una hora de viaje a la ida, se despierta a las cuatro. Quedaría muy poco tiempo para los grandes sentimientos, en su vida los grandes sentimientos se echarían a perder, fijo; tendría que pedir una excedencia sin sueldo para tener tiempo y poder sentir algo como es debido. Menos mal que los grandes sentimientos los venden encerrados entre dos cubiertas. Es lo justo. Según las necesidades y las posibilidades de cada uno. O algo así.

Olga tenía una hermana y dos hermanos. Se mantenían en contacto, quizá no con excesivo afecto, pero sí con regularidad, normalmente por teléfono; tenía el contrato más barato, tarifa por segundos.

Olga se arrellanó en el sillón, envuelta en su albornoz, en el centro de su mundo diminuto y seguro, con el mando a distancia en la mano, una diosa del salario mínimo. El pelo se lo lavaría al día siguiente, nada más levantarse, para que el sueño no se lo enmarañara en forma de rastas (lo cual no significa que fuera racista).

Alguien llamó a la puerta. Oyó el timbre, pero no reaccionó de ninguna manera. A esas horas no llamaba nadie: a lo sumo, escuchaba un tintineo en su oído izquierdo. Miró el despertador, iban a dar las doce. Sonó el timbre de nuevo. Se levantó tras bajar el volumen del televisor. Se acercó de puntillas hasta la puerta y echó un vistazo por la mirilla. La luz estaba encendida, pero no se veía un alma. Aunque la alfombrilla estaba colocada de una manera extraña. Eso no es la alfombrilla, pensó Olga, es alguien. Y ese alguien yacía sobre la alfombrilla.

El corazón de Olga latió más deprisa. Se asustó. No sabía qué hacer. ¿Llamar a su cuñado? ¿A la policía? ¿A urgencias? Y si ese alguien se iba a rastras y desaparecía antes de que llegara la policía, su cuñado o la ambulancia, ¿qué? La tomarían por una solterona vieja y excéntrica. Lo que más temía era precisamente

que otros vieran en ella su verdadero yo: una solterona vieja y excéntrica. Por eso, dividida entre diversos tipos de miedo, tomó una decisión: cogió de la cocina el cuchillo más grande, sacó de un cajón el afilador, afiló el cuchillo por si acaso y después fue al vestíbulo un poco insegura. Entreabrió la puerta.

La luz de la escalera ya se había apagado.

Apretó el interruptor.

Un chico yacía inmóvil, seguramente un estudiante de la escuela de mecánica. Tenía sangre pegada al pelo.

Tocó al desconocido con la punta de la zapatilla. No se movió.

Olga se agachó, el chico respiraba.

Sacó del armario una sábana vieja con la que cubrió el sillón, que ya había extendido para echarse a dormir. No quería que esa persona le manchara de sangre la tapicería. Hay que ayudar a la gente, cierto, pero al mismo tiempo se debe mantener limpio el mundo.

Lo introdujo a rastras con gran esfuerzo. El chico trataba de colaborar, eso al menos le pareció a Olga. Finalmente cruzaron el breve pasillo y llegaron al sillón. Se tumbó encima encogido, contrayendo los miembros hacia el pecho.

Olga se miró las manos, manchadas de sangre. Como en *Balladyna*, aquella lectura escolar que se había instalado en su memoria. El albornoz también estaba ensangrentado. Cerró la puerta de entrada. Se lavó las manos. Cayó en la cuenta de que estaba desnuda, dejando aparte el albornoz. Sacó del armario unas bragas y un sujetador. Luego unos calcetines, un pantalón y un niqui. Se cambió en el baño, el albornoz acabó en el cesto de la ropa sucia. Le hubiera gustado echar también sus manos, pero no sabía cómo. Cogió un botiquín de viaje que guardaba en el baño, regalo de su sobrino, apenas para primeros auxilios.

Llenó de agua caliente una palangana de plástico. Volvió a la habitación, apartó las manos del joven, con las que se había agarrado la cabeza, y limpió la sangre reseca. Tenía un corte

bastante profundo en la frente. Seguramente convendría darle unos puntos. Desinfectó la herida con agua oxigenada. El chico siseó y murmuró algo, su lengua trabajaba al ralentí. Ella, sin ralentizar en absoluto, le puso una venda.

Echó el agua sucia al váter. Tiró de la cadena. Dos veces. Volvió a la habitación. Le quitó las deportivas al chico. En el calcetín izquierdo había un agujero en la parte del pulgar. Le quitó los calcetines. Los olió y se ruborizó. Después cogió el costurero y zurció el roto. Cubrió con una manta al chico. Ella se sentó en el sofá. Sobre el mueble del televisor dejó el cuchillo y el auricular del teléfono inalámbrico. Quitó la tele. Encendió la lámpara y apagó la luz del techo.

Se quedó sentada en el sofá. Iba a dar la una. No notaba somnolencia. La seguridad de su apartamento pareció de pronto insuficiente, limitada. El estupor que Olga notó en sí misma era similar al que, por ejemplo, experimenta alguien al ponerse su pantalón favorito después de mucho tiempo sin usarlo: a la altura de los muslos ya se ha atascado, imposible esprintar hasta la cintura, las costuras se asfixian, restallan. ¿Cómo es posible? ¿Ha aumentado de peso por un descuido? ¿El piso se había contraído cual jersey de lana lavado a alta temperatura?

Al final la venció el sueño. Cuando se despertó, no había ni rastro del muchacho. Como si se hubiera volatilizado. Le pareció haberlo soñado todo. Había sido un sueño. Un hermoso sueño. Un regalo del destino. Con tapas blandas hechas de ensueños.

Pero no. La manta estaba doblada en cuatro. El botiquín, abierto sobre la mesilla. Manchas en la sábana. Su primera noche juntos.

Se levantó bruscamente.

Fue a la puerta y echó la llave. Inspeccionó el piso. Habían desaparecido dos salchichas de la nevera. Y cien *zlotys* del monedero, que estaba dentro del bolso.

Olga se sentó al borde del sofá, sujetando entre sus manos el viejo monedero. Sonreía. El chico le había quitado cien *zlo-*

tys, es decir, un tercio de lo que ella guardaba, pero el resto lo había dejado.

2.

Su hermano la acercó a Białystok. Refunfuñó un poco, porque tuvo que esperar a que Olga terminara de fregar los platos y recogerlo todo después del cumpleaños de su madre. Y refunfuñó porque su resaca se había intensificado, pero no había podido tomarse un trago para aliviarla: su esposa había vigilado todo el tiempo las elipses y curvas que describían las botellas de vodka, ni siquiera los cambios de dirección repentinos la habían despistado.

Olga subió al tercer piso arrastrando los pies. Llevaba en una bolsa los obsequios que había recibido de su madre: un pastel de semillas de adormidera, huevos, un trozo de jamón ahumado y un frasco de boletos marinados. Cerró la puerta una vez dentro, echó la llave y soltó la bolsa. Qué alivio, por fin en casa, sola, qué bien.

Eran ya más de las siete. Olga se entregó por entero al ritual de sus quehaceres diarios: bañarse, luego darse crema en la cara y bálsamo en el cuerpo, luego prepararse una melisa con menta acompañada de algo dulce (esta vez, el pastel materno), luego leer unos capítulos de *Un regalo extraordinario*, luego la película y el programa satírico, y entremedias el Telediario o Panorama, para asegurarse de que en el mundo había personas que lo pasaban peor que ella en su apartamento.

A Olga le gustaba su vida, sus actividades habituales, que dotaban a los días de forma y contenido, como los peldaños de una escalerilla por la que subían los pies antes de llegar al tejado. Uno se podía caer fácilmente del tejado y romperse el cuello, se veía demasiado a menudo, por eso Olga tenía la esperanza de no llegar nunca a ninguna parte, no mirar ni «hacia atrás» ni «hacia delante», tan sólo continuar con su retahíla diaria de pasitos, conjugando en sí misma verbos corrientes y

poco refinados que caminaban en fila india desde el amanecer hasta el anochecer.

Olga nunca recordaba sus sueños. A veces le quedaba la impresión de que la visitaba su padre, se sentaba al borde de la cama, pero el colchón no se hundía por su peso: ese colchón era lo último que recordaba, o más bien tenía la sensación de recordar.

Se acostó a las diez y cuarto. Oyó las gotas de agua reventando contra el fregadero de la cocina; era un ritmo irregular, las gotas golpeaban en rápidas series de tres o dos, o bien de una en una, con intervalos de varios segundos. Llevaba años quedándose dormida al compás de esas gotas: se sumergía en el sueño a trompicones, no del tirón, sino con pausas, un sueño en el que quizá su padre se sentaría sobre el colchón.

Su piso, como cualquier piso de una persona solitaria, se había convertido en un refugio de sonidos. Sonidos que nadie necesita y por lo general son eliminados concienzudamente: el goteo del grifo, el chirrido de las bisagras y de los listones del parqué, el gorgoteo del agua en los radiadores, el viento silbando al colarse por las rendijas de las ventanas, el zumbido de la corriente eléctrica en los enchufes.

Olga pensaba en el cumpleaños de su madre, ploc-ploc-ploc-pausa-ploc-ploc, en su sobrina Anka, en el chico del vendaje, ploc-ploc-pausa-ploc-ploc-ploc, en si al día siguiente llegaría el suministro de productos lácteos a la tienda, en el poema *El señor Tadeusz* leído en la escuela de enfermería, en qué aspecto tendría la puerta del Paraíso, en si se parecería a la pupila de un gato, en... Pausa.

A decir verdad, no sabemos en qué pensaba Olga (si es que lo hacía) mientras se dormía; en cambio, sí tenemos acceso a lo que soñó:

Se acerca al altar en una iglesia indeterminada, vacía, se arro-dilla, empieza a rezar y se olvida del texto de la oración. Pierde la voz.

Ese sueño se repite una y otra vez en variantes muy similares, como si buscara la variante que hiera dolorosamente a la portadora del sueño para poder salir al mundo real, un poco a la manera de la larva de un parásito.

Cuando a las cuatro de la mañana suena el despertador, Olga olvida que ha olvidado el texto de la oración. Enciende la luz y, medio dormida, se dispone a realizar todas las tareas matinales: desde la micción y el lavatorio hasta tomar el desayuno y girar las llaves en los cerrojos.

Durante el desplazamiento en autobuses casi vacíos no piensa en nada. Podemos afirmarlo con plena confianza: la mente de Olga es transparente y lisa como el cristal de una ventana, las pequeñas manchas son las huellas dejadas por los días precedentes, basta con pasar una bayeta.

Saca las llaves del bolso y abre la tienda. Conecta la luz y los frigoríficos, la báscula electrónica y la caja registradora. Coloca el fiambre y las verduras. Cuando dan las seis, abre la puerta. Justo acaba de llegar el señor Gienek, de la panificadora. El señor Gienek anda cerca de los sesenta, es gordito, algo calvo y muy simpático, siempre ofrece una palabra amable o un bollo. A Olga le gusta el señor Gienek. Al señor Gienek le gusta mucho Olga. El señor Gienek enviudó cinco años atrás. Llevan tres años flirteando un poco, a pesar de lo cual el señor Gienek aún no ha invitado a Olga a bailar o —como hacen los jóvenes— al cine. Afortunadamente, porque Olga no habría sabido qué contestar ni qué ponerse.

La jefa no llegará hasta el mediodía. Antes viene el repartidor de la verdura, un mocoso que intenta colarle un saco de cebollas algo pasadas ya. Seguro que es judío, piensa Olga. Olga no tiene nada en contra de los judíos, nunca ha conocido a ninguno. Del hogar familiar se había llevado el convencimiento, profundamente arraigado en las tierras de las que procedía, de que si alguien trata de sacar beneficios del comercio por medios no del todo honrados, seguro que se trata de un judío. Los polacos, los

rusos y los alemanes estaban para arrasar aldeas enteras. A los judíos les quedaba sólo esa atracción —un poco ridícula, un poco fatigosa— por el comercio. Quizá se deba, pensaba Olga, a que ellos no creen en Jesucristo. Según Olga, antes de Jesucristo no existían los pecados mortales. Porque si existieran, pensaba Olga, Jesucristo habría aparecido antes para redimirnos de ellos.

Olga creía en Dios porque sus padres creían y porque sus hijos, de tenerlos, también creerían. Olga creía en Dios porque Él era todopoderoso e inconcebible. A fin de cuentas, el hombre no alcanzaba a concebir la unidad de la Trinidad; si Olga no podía concebirlo, significaba que Dios existía. Olga creía en Dios porque cada persona pagaba las facturas, pero tan sólo Dios te garantizaba que todo iba a ser debidamente sumado, los pagos en exceso devueltos y los atrasos cobrados. Así era la economía divina. Y, por último, Olga creía en Dios porque sin Dios todo estaría permitido, sin Dios no existirían ni el bien ni el mal.

Después de las verduras vinieron los de la confitería. Luego llegaron los lácteos y los congelados. Los lunes siempre estaba ocupada. Un repartidor tras otro y además los clientes. Olga conocía a casi todos los clientes. Casi todos los clientes conocían a Olga. Hablaban de los niños, de los perros, de lo mal que estaban las cosas en Polonia. Democracia de ultramarinos. Todo es relativo, pensaba Olga, incluso el margen en los precios: para los clientes resultaba demasiado alto; para la jefa, demasiado bajo.

Tras pasar diez horas colocando productos, pesándolos y metiéndolos en las bolsas de la compra, aporreando la caja registradora, entregando las vueltas y hablando, Olga logró evadirse del microcosmos de la tienda de alimentación.

Cambió de autobús en el centro, fue a la farmacia (la más barata de la ciudad), compró algo para el catarro, porque había notado algo en la garganta y los pulmones, y también vendas y gasas esterilizadas. Llegó a casa antes de las siete.

Tuvo la confusa impresión de que algo había cambiado. Todos los objetos mostraban el mismo aspecto que antes de

irse, pero los detalles, no lo olvidemos, apasionaban a Olga. Y era como si hubieran torcido unos milímetros el cobertor del sofá. Y como si la tapicería del sillón estuviera más hundida que de costumbre, como si hubiera soportado el peso de un cuerpo extraño. Y el pomo de la puerta, demasiado cálido; el fregadero, demasiado seco; hasta el viento desafinaba al penetrar por las rendijas de las ventanas.

Olga recorrió e inspeccionó el piso entero con atención. No le cabía duda, todo estaba igual, pero a la vez parecía completamente diferente, lo cual sólo podía significar una cosa: que se encontraba agotada y debería tomarse unas vacaciones que había retrasado ya mucho, en exceso. Irse a casa de su madre una semana. En resumen: su madre se alegraría y Olga descansaría.

—Todo igual —repitió Olga en voz alta— pero de otra manera.

3.

El ritmo de la semana: despertarse a las cuatro, trabajo, compras, casa, televisión y *Un regalo extraordinario*, dormir, despertarse, una tranquilizadora sucesión de horas domesticadas, la hipnotizadora monotonía de la vida, un disco que se repite invariablemente de lunes a domingo. El miércoles llamó a su sobrina Anka.

—He hecho un bizcocho, ¿por qué no te vienes? ¿Qué tal tus padres?

—Sin cambios.

—Eso está bien.

—Habla por ti, tía —contestó la sobrina.

A Olga le gustaba cocinar y preparar pasteles. Prefería recetas de cosas baratas y duraderas, como el *bigos*¹ o el pan de

¹ Estofado hecho principalmente con repollo fermentado (chucrut), carne, setas secas, ciruelas secas y cebolla. Es uno de los platos más típicos de la cocina polaca. (N. del T.)

jengibre. Podía comerlos durante una semana, quedarse llena, pero ni ella engordaba ni el monedero adelgazaba.

Esa semana, aunque tan similar a las precedentes como dos dunas entre sí, no se parecía a ninguna otra semana de la laboriosa vida de Olga. Bueno, quizá se pudiera comparar someramente, de un modo inexpresable y poco claro, con dos extraordinarias semanas de una época remota que influyeron mucho en su vida, hacía tanto tiempo que hasta vergüenza le daba recordarlo. En aquellos años Olga era enfermera, en el régimen anterior, cuyos soberanos habían escogido, cínica o daltónicamente, el rojo como color conductor. Sus manos eran entonces delicadas y hábiles, su sonrisa amplia, su piel blanca y muy negro su pelo. A los pacientes les gustaba Olga y a Olga le gustaban los pacientes. El mundo parecía jugar limpio con Olga y Olga tampoco quebrantaba las reglas del juego, ni siquiera se llevaba sábanas del hospital, a pesar de que nadie vigilaba lo que hacían las manos de los demás porque les preocupaba más ver dónde pisaban. Si se aplicara la extraña lógica que imperaba en aquel régimen, se llegaría a la conclusión de que Olga, al comportarse con honradez, se estaba comportando de manera escandalosa: hacía eso de lo que las personas hablaban para después negar sus palabras con sus actos. Las palabras de Olga se mantenían en perfecta armonía con sus actos, en su sección no se extraviaban ni las fundas de edredón ni los pijamas, no desaparecían jeringuillas, medicinas ni agujas, y por eso Olga no les caía bien a sus compañeras. No les gustaba, aunque nunca llegaron a meterse con ella ni a mostrar abiertamente su enemistad. Según unas, Olga había enloquecido y con una loca no había quien se entendiera. Según otras, Olga contaba con amigos en las altas esferas, tenía muy buenas agarraderas, aunque la chica anduviera escasa de cintura.

Trabajaba en la sección de neurocirugía. Raramente le tocaban pacientes de su edad —acababa de cumplir treinta y dos años— y, de haber alguno, lo normal era que se tratara de

víctimas de accidentes de carretera. Algunos de esos accidentes de carretera ocurrían en las comisarías o durante los interrogatorios. En aquel régimen el tráfico no estaba demasiado bien organizado.

Los pacientes no parecían personas, parecían trapos con orificios en diferentes partes del cuerpo. El trabajo de Olga consistía en encargarse de esos orificios. De algunos salían gemidos y había que calmarlos; de otros se escapaban chorritos de orina y había que limpiarla.

Un lunes a Olga le correspondió quedarse de guardia por la noche. El mismísimo jefe de la sección llamó y ordenó preparar la sala reservada para los huéspedes especiales: los dignatarios del partido o sus víctimas. Los primeros preferían no entrar en contacto directo con el ambiente obrero-campesino; los segundos, según opinión de los primeros, no debían hacerlo. Tal igualdad entre víctimas y verdugos, que en su dimensión física tomaba forma de habitación de aislamiento, a algunos les parecía divertida: el régimen distorsionaba a la gente, la gente distorsionaba al régimen, el sentido del humor había perdido su contacto más débil con la dignidad o la decencia.

Olga se preguntaba a quién traerían. ¿A un miembro del Partido Obrero Unificado Polaco, que con tanta bondad gobernaba? ¿A un peatón atropellado por un camión cuando iba al servicio por el pasillo de la cárcel? (¿Acaso era posible algo así?) Trajeran a quien trajeran, Olga se comportaría de la misma manera: el hijoputa y el santo sufrían igual. Era su opinión por los indicios que había observado.

Trajeron a la víctima de un accidente. El oficial del Servicio de Seguridad informó a Olga con una sonrisita burlona en los labios que su «hermano pequeño» se había tropezado en el baño, lo que le había causado muchas fracturas, daños en la médula espinal y deshidratación. Habían tenido que operarlo. La operación ha salido bien, pero el paciente no ha muerto, estos de la oposición suelen ser incorregiblemente resistentes, pensó el oficial.

—Debería usted poner mucho cuidado cuando se duche —le aconsejó a Olga.

A ella no se le pasó por la cabeza que acabara de escuchar una amenaza primorosamente empaquetada.

—Siempre pongo cuidado —contestó—. Y ahora haga el favor de salir. No tiene nada que hacer aquí.

El oficial murmuró algo entre dientes y salió. Olga conocía a ese oficial, lo había visto tres veces antes, siempre de civil.

El «hermano pequeño» yacía en la cama. Recorría con la mirada el techo y las paredes, aún no del todo consciente, lo habían sacado poco antes del sueño anestésico. Olga leyó los datos del paciente: Jerzy sin apellido, 28 años, 58 kilos, el peso lo han falseado. Olga suspiró.

Aquella noche pasó a ver a Jerzy muchas veces. Todo estuvo muy tranquilo. Si existiera una unidad para medir el sufrimiento, llamada, por ejemplo, *dol* (por la palabra latina *dolor*), a Olga le habría tocado aquella noche la cifra más alta de *dols*: era su sino.

Ya clareaba, Olga estaba sentada junto a la cama de Jerzy, como alguien de su familia, su esposa o su hermana. Seguramente el «hermano mayor» ya habría redactado su informe y estaría durmiendo a gusto. A Olga se le cerraban los ojos, estaba que se caía de sueño, ni habiéndose bebido tres cafés lograba mantener los párpados abiertos: para eso habría tenido que sujetarlos con pinzas.

—Tengo miedo.

Olga se estremeció. Alguna vez había charlado con su propia conciencia, lo más habitual era que asintieran mutuamente, pero hasta entonces su conciencia nunca le había hablado de una manera tan directa.

—Tengo miedo. Quiero orinar, por favor.

Olga se espabiló. En un primer momento pensó que la conciencia no tenía vejiga; en un segundo momento, se levantó y con automatismo de enfermera cogió la cuña.

A Olga no la incomodaba tener que tocar un pene. El pene no era algo que proporcionara placer. Olga conocía el pene, digamos, desde el otro lado, estaba al tanto de todos sus entresijos. El pene era un trozo del cuerpo —de un cuerpo mortificado e indispuesto— por el cual salía la orina. La orina había que eliminarla; el cuerpo, compadecerlo.

Jerzy cerró los ojos. Olga sujetó su pene esperando a que empezara a orinar.

—Ayúdame, por favor.

—Ya ayudo. Orine sin miedo.

—No así, de otro modo.

—¿Cómo?

—¿Me matarás?

Olga se quedó petrificada.

—Jerzy de veintiocho años sin apellido, orina, por favor.

Deliras por efecto de la anestesia.

—Tú no lo entiendes.

—Entenderé lo que me pidas, pero ahora orina.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Volvió a casa. No fue capaz de dormir. Durante dos semanas pidió el turno de noche. Se sentaba junto a la cama de Jerzy y escuchaba. Por lo general el joven no decía nada. Por el catéter intravenoso caían las gotas de suero. No lo tocó ni una sola vez que no fuera estrictamente necesario. Su presencia junto a la cama del enfermo era aséptica y objetiva, como el contacto de sus manos, muy práctico, seco.

—Mañana —le pidió él.

Olga asintió. No protestó.

—Sujeta mi mano.

Ella tocó el dorso de la mano de Jerzy con las yemas de los dedos, su piel agrietada y reseca.

—Así no. Hazlo como ella. Como mi esposa.

En casa cayó dormida como una piedra. Ni siquiera se lavó los dientes. Sonó el despertador. Se tomó un café, se dio un baño, se peinó con esmero, se maquilló, sacó su mejor vestido y, del armario, unos zapatos de tacón.

Pasados quince minutos de la medianoche entró en la habitación de aislamiento. En una mano llevaba los zapatos de tacón y en la otra unos bombones llamados «leche de pájaro»: la viva imagen de la Temis del socialismo real. Cerró la puerta. Se quitó la bata y las zapatillas de trabajo. Se puso los zapatos y se arregló el pelo. Se acercó a la cama. Metió los bombones en el armarito.

—Te estaba esperando.

Le puso un dedo en la boca. Con la punta de la lengua Jerzy lamió la piel de Olga. Su lengua estaba seca. Su tacto se parecía al tacto del papel, al tacto de un periódico.

—Estoy asustado.

Ésas fueron las últimas palabras de Jerzy. Olga retiró de sus labios el dedo, quemado por las palabras, por el miedo y por el participio. Después le dio un beso. Hasta que no murió no le limpió el carmín de los labios. Era un carmín rojo fuego de mediana calidad. Combinaba con la vida de Olga y la muerte de Jerzy.

Se puso la bata de enfermera. Se quitó los zapatos de tacón. Deslizó los pies en las zapatillas. Cogió la caja de bombones sin abrir. Salió de la habitación igual que había entrado.

Por la mañana presentó su renuncia.

La interrogaron dos veces. El «hermano mayor» le preguntó por todo lo que había hecho la noche de la muerte del peligroso criminal. Si tenía familia. Con quién mantenía relaciones sexuales. Cientos de preguntitas nauseabundas. El «hermano» de Jerzy era mucho más inteligente que Olga. Olga lo sabía bien. Y eso era lo que más le dolía: que la gente inteligente, mucho más inteligente que ella, se ponía al servicio del bando del mal.

—Usted lo mató —afirmó el «hermano»—. Nosotros nos enteramos de todo.

—Vosotros lo matasteis —replicó ella.

El oficial soltó una carcajada, como si le hubieran contado un buen chiste.

No volvió a ejercer el oficio para el que se había preparado. Realizó los trabajos peor pagados: mujer de la limpieza, recepcionista, ayudante de cocina. De no haber sido por su familia, no habría tenido de qué vivir.

La caída del comunismo alegró a Olga. Había guardado la debida obediencia al antiguo régimen y haría lo mismo con el nuevo. Por cierto: Olga a veces se preguntaba qué plagas traería el nuevo sistema. No confiaba en que fueran a mejorar las cosas, significara eso lo que significara. La honradez no aumentaría por un cambio de constitución. Antes, en la Polonia comunista, también se podía ser honrado; con una honradez recortada, individual, difícil, pero, en definitiva, honradez.

Se preparó una melisa con menta. Cortó dos rebanadas del pastel de semillas de adormidera, dos espirales negras entre la masa de levadura, inmóviles sobre el plato como un ratón bajo la mirada de una serpiente: audaz comparación, soledad individual.

4.

Anka, la sobrina de Olga, se comió el bizcocho y se marchó; Olga, en cambio, no era capaz de encontrar su lugar entre los escasos y familiares metros cuadrados de su apartamento. Alguien lo había cambiado todo de sitio, lo había movido, aunque nada hubiera variado. «Las cosas conocidas se convierten en las más extrañas» (Epicteto). (¿De veras?)

Su sobrina había prometido volver a las diez de la noche. Iba a encontrarse con alguien y además tenía que coger algunas menudencias de casa, claro.

—Tía, a mis padres les diré que voy a pasar la noche en casa de una amiga.

Olga no contestó ni siquiera asintiendo. Odiaba los secretos y las medias palabras. Aunque le daba la razón a Anka: era mejor no inquietar a la familia con informaciones sobre presentimientos extravagantes, sobre ese miedo, esa repentina sensación de alienación y de que alguien había limpiado el horno. ¿Para qué preocupar a los familiares diciéndoles que algo se había alterado en casa de Olga, o bien en su cabeza? Por otro lado, en cierto sentido Anka también era su amiga.

Olga comprendía que no decir toda la verdad era el primer paso para entrar en la ciénaga de la mentira. Tras el primer paso llegarían los siguientes, cada vez más rápidos, cada vez más caóticos y desorientados. No resultaría sencillo detenerse. Al final se tropezaría y caería. El fango le llegaría hasta los codos, hasta el cuello. Se hundiría. Y colorín colorado, al pasar de la nariz se habría acabado. No tendría ni clavos ardiendo a los que agarrarse.

Fregó los platos. Sacó sábanas limpias para Anka. Intentó ver algo en la televisión. Había renunciado al cable para ahorrar, así que sólo tenía La Uno y La Dos. La televisión pública realizaba la llamada «misión pública», es decir, proteger la cultura nacional y el mundo de los valores, de una forma bastante pérfida, mas para Olga satisfactoria. A Olga le gustaban las películas basadas en las novelas de Danielle Steel, los maratones del humor y las estrellas sobre el hielo o donde fuera. Era un entretenimiento de bajos vuelos —en el que a veces salía gente que lograba ejecutar una acrobacia individual—, abúlico y sin complicaciones. Ella lo sabía, pero después de todo el día trabajando no esperaba encontrar nada selecto o, peor aún, real. Entre las siete de la tarde y la medianoche deseaba un mundo en el que no apareciera la tienda de alimentación, en el que no hubiera sitio para lágrimas sin enjugar y donde los dilemas se pudieran encerrar en una breve frase compuesta de palabras sencillas y un suspiro.

Olga hacía una distinción muy precisa entre vida y arte. Cuanta menos vida real en el arte, mejor para ambos. La gente

ya tiene vida de sobra en el día a día, ¿qué falta hacía torturarse también por la noche?

Anka regresó a las diez en punto. Se tomó un té. Charlaron un rato. Se asearon y se acostaron. Antes de dormirse, Anka besó a su tía en la mejilla. Olga recordaba todas esas muestras de cariño. No se producían con frecuencia. Había que reunir-las y, en los momentos libres, repasarlas como las hojas de un álbum de sellos, los besos uno a uno, los abrazos, los achuchones, las carantoñas. Emociones confusas y delicadas.

Olga estaba tumbada con los ojos abiertos. Demasiado silencio. El grifo no goteaba. El ritmo tranquilo de la respiración de su sobrina se antojaba demasiado regular como para tener el poder de llevar a Olga hasta el sueño.

Olga no le había contado nada a Anka acerca del chico al que había ayudado. Ahora Anka dormía en su lugar. Había en todo aquello algo impropio.

Los pensamientos de Olga daban vueltas en vano alrededor de esa impropiedad tratando de llegar a su esencia, pero después los pensamientos, cada vez más cansados por esa persecución, empezaron a mezclarse con los códigos de los productos alimenticios marcados en la caja, con los precios. En otros tiempos ante sus ojos giraban manchas color fuego; ahora, códigos de barras y fechas de caducidad. Una envejece algo más rápido que el mundo, pensó de modo aislado.

Por la mañana se levantó extrañamente descansada, unos minutos antes de que sonara el despertador. Procuró llevar a cabo todas sus tareas en el mayor silencio posible y con la menor cantidad de luz posible para no despertar a Anka.

Cuando ya estaba preparada para salir, miró una última vez a su sobrina, a su rostro infantil sobre el que caía la mancha de luz cálida de la lámpara de mesa y el rectángulo lívido, gris pálido de la ventana, al otro lado de la cual un nuevo día de enero se levantaba para ir a trabajar. Olga apagó la lámpara.

Salió de la habitación con paso poco resuelto.

En el autobús se preguntó si había hecho bien dejando a Anka, exponiéndola, en el mejor de los casos, a las fobias y las inquietudes de la propia Olga. Los pensamientos presentaban resistencia, suaves y pesados como piedras en un arroyo; Olga presentaba la pregunta, pero no era capaz de ofrecer una respuesta. Se había desacostumbrado a las decisiones difíciles, a ir contra la corriente.

No encontraba apoyo en nadie, en nadie de carne y hueso, y ni aun de papel. No sabía siquiera identificarse con alguna de las protagonistas de los libros que había leído. Las protagonistas sufrían a causa de un amor no correspondido: en ese mundo no aparecían ni grifos que no goteaban ni hornos limpios.

5.

Durante el día entero no pudo ahuyentar la angustia. No se trataba sólo de su sobrina. La angustia llegaba más adentro, lo cubría todo dejándolo sutilmente borroso, como hace el vapor sobre los azulejos del baño.

—Siete cincuenta —dijo Olga.

La clienta, la señora Basia, viuda, arqueó los labios hasta dibujar una herradura de indignación. Esa herradura no traía suerte. Olga había interrumpido brutalmente una larga disertación acerca de los nietos. La señora Basia no sabía si dada la situación era adecuado continuar. Que si son un encanto, siempre se acuerdan, ¿recuerda usted cuando le dije lo que me habían regalado por mi cumpleaños, una chuleta del día anterior o quizá de dos días antes, porque ya no estaba nada fresca?

Aunque la señora Basia no sabía si debía continuar, sí sabía que no podía permanecer allí frente a la caja con los labios dibujando una herradura. Eso la podía poner en un compromiso —a ella y a sus nietos— ante la dependienta.

—Cada vez tenéis las cosas más caras —comentó.

—Son los tiempos —contestó Olga.

Siempre respondía lo mismo cuando los clientes se quejaban. No se sentía responsable de las condiciones económicas del país ni del margen en los precios de la tienda, y tampoco del nivel de las rentas y las pensiones. «Cuando se ponían en huelga los mineros, los trabajadores de los astilleros, los médicos, los profesores, los agricultores, decíais: tienen razón, hay que pagarles más», pensaba Olga. «Pues ahora ahí tenéis: a ellos les dan la razón y vuestros monederos adelgazan. Si uno da, eso no lo hace más rico, como no sea interiormente. Según dicen también son internas las hemorragias y el alma, por ejemplo».

La señora Basia se quejó un poco y luego preguntó para recuperar la armonía:

—¿Cuándo llegará el café?

—Quizá mañana. Hoy no lo han traído.

Entre las doce y las dos casi no tuvo clientes. Sólo entró un niño a comprar chicles y un hombre trajeado que pidió paracetamol. Como paracetamol no vendían, se llevó ibuprofeno. Se equivocó al darle la vuelta, cinco *zlotys* menos, cosa que la irritó e incluso la enfureció: un error así casi no se diferenciaba de una estafa.

Para colmo de males —aunque nada malo había ocurrido todavía— la jefa vino una hora tarde. A Olga se le escapó el autobús. No quiso esperar cuarenta y cinco minutos en la parada y decidió volver dando un paseo.

Caminó por una acera estrecha e irregular. El aire gris de enero, la ausencia de luces mezclada con los gases de escape... y le entró flato. Exactamente igual que de niña, cuando jugaba con sus hermanos a la guerra. Lo normal era que sus hermanos le adjudicaran el papel de infantería. Por eso Olga corría mucho y a menudo moría. A veces se apiadaban de su hermanita y la hacían prisionera. Como infantería hecha prisionera, Olga se quedaba encerrada a cal y canto en una vieja caldera y esperaba a que su respiración se normalizara y a que se le pasara el flato. En ocasiones sus hermanos le daban un vaso de agua

fría a través de una ventanita minúscula. Después de todo, la prisionera también pertenecía a la familia.

6.

Debilitando su presupuesto —ya de por sí reducido en cien *złoty*, aquellos que imitaron al alcanfor y se evaporaron del monedero al mismo tiempo que desaparecían dos salchichas de la nevera—, Olga compró un cuarto de kilo de pastel de manzana y una botella de licor, ésta adquirida en una tienda contigua a la pastelería. Eligió Martini blanco, porque en su opinión se trataba de una bebida elegante y a la moda, ideal para los jóvenes a partir de los dieciocho, no se vende alcohol a personas ebrias. Además estaba de oferta, daban gratis un litro de zumo de naranja.

De camino a casa pensó qué preparar de comida. En el congelador aún debían de quedar rebozuelos, así que quizá podría hacer una sopa de setas. O setas salteadas con cebolla, rematadas con un poquito de nata grasa. O creps rellenos de setas.

Las opciones para el menú le ocuparon la mente con la suficiente eficacia como para no pensar en lo que había ocurrido, en lo que había podido ocurrir en el piso en su ausencia. En realidad no encontraba una respuesta adecuada. Si no había ocurrido nada y Anka estaba esperando sin más: malo, porque entonces Olga tendría que ir a un loquero, ya era hora de expulsar lo que llevaba metido en la cabeza. Si había ocurrido algo, si alguien había intentado entrar en el apartamento, como Olga sospechaba o se figuraba: malo, habría que cambiar la cerradura, pedirles a los vecinos que tuvieran aún más cuidado, quizá incluso avisar a la policía. Pero ¿qué les contaría? ¿Cómo traducir los miedos de una solterona a un lenguaje comprensible y que no levante sospechas?

Llamó al telefonillo con el corazón en un puño.

—¿Quién es?

—Soy yo, tu tía —contestó.